

National Catholic Reporter ~ 16 de septiembre de 2023

Tiempo: Dios es generoso. Nosotros también podemos serlo.

Por Mary M. McGlone, csj

Hace años, una de nuestras sabias hermanas me dijo: "Ten cuidado con cuidar demasiado tus heridas. Algunas personas van por la vida presionando un moretón de tal manera que ni ellas ni (esperan) el mundo lo olvidarán jamás". Era toda una imagen. Me veía a mí misma concentrándome en una marca morada en el brazo, recordando exactamente quién había chocado contra mí y mis planes y había echado por tierra mis planes perfectos.

Cuando Jesús habla de un rey y dos siervos, la historia parece bastante sencilla. Una persona perdonó, otra no, así que al final pierde el tacaño. La mayoría de los alumnos de tercer curso captan el mensaje. Pero, ¿y si profundizamos?

En primer lugar, tenemos al rey. Él, por supuesto, es omnipotente. Puede comprar y vender personas y cosas a voluntad. Llama a uno de sus esclavos (esa es la traducción literal) para "ajustar cuentas". El esclavo tiene un gran problema: le debe al rey entre 6.000 y 10.000 días de salario, lo que equivale a unos 20 años de trabajo. Nadie más que otro rey podría conseguir esa cantidad. Cuando el esclavo pide limosna, el rey le libra a él y a su familia de ser desterrados a la oscuridad.

¿Qué consiguió el rey? Demostró y actuó con todo el alcance de su poder y autoridad. El poder de borrar una deuda es aún mayor que el de cobrarla. Como sabemos por la reacción de los siervos, el público vio lo que hizo. ¿Qué percibió el esclavo? Podríamos decir que suplicó al rey y obtuvo lo que pedía. ¿Pensó que había engañado al rey? ¿Se sintió avergonzado por haber tenido que rebajarse a mendigar? ¿Pensó que se había librado? ¿Pensó que el rey era estúpido?

Todas esas actitudes son posibles al mismo tiempo. Aunque el esclavo hubiera estafado al rey, toda la situación hacía inmensa, dolorosamente obvia la enorme diferencia de su poder. Como esclavo, deudor o liberado, siempre se vería en deuda con el rey, al igual que los demás. En el siguiente acto, las tornas cambian; el deudor absuelto tiene ventaja sobre alguien que le debe. ¿Y qué hace? Como no ha aprendido nada sobre el poder real, deja al descubierto la crueldad de su mente y de su corazón enviando a prisión a su deudor hasta que pague la deuda, un resultado muy improbable.

Cuando los demás ven cómo evolucionan las cosas, el deudor original acaba sufriendo una tortura que él mismo se ha buscado. Cuando nos adentramos en la superficie de la historia, vemos que incluso después de ser liberado de su deuda, el primer esclavo eligió vivir en un mundo de opresión y dominación. Aunque el perdón del rey había creado una alternativa a la estricta justicia económica o a las relaciones de ojo por ojo, el esclavo rechazó esa opción.

Teniendo la oportunidad de aumentar la generosidad en el mundo, apoyó en cambio un sistema de castas que le ofrecía una mezquina superioridad. Al reforzar un sistema estrictamente transaccional y el poder de la dominación, acabó

convirtiéndose en su propio verdugo. Como advirtió el Eclesiástico, se aferró a cosas terribles: siempre habría alguien por encima de él y eso siempre le atormentaría.

¿Qué podemos sacar de esto en septiembre de 2023? En plena Temporada de la Creación (del 1 de septiembre al 4 de octubre), podríamos leer esta parábola desde la perspectiva de ser criaturas a las que se les ha concedido una inmerecida abundancia de vida y posibilidades. Ninguno de nosotros ha hecho nada para merecer la vida que tenemos, es un puro don de Dios, para nosotros y para cualquier otra parte de la creación. ¿Qué sugiere esto sobre las relaciones que establecemos con el resto de la creación de Dios?

El Eclesiástico hablaba de apreciar la ira. Ese parece ser el camino directo al tormento autoinfligido. ¿Qué tal la alternativa de valorar la gratitud? En lugar de presionar el hematoma, podríamos maravillarnos de los extraordinarios poderes de regeneración y curación de nuestro cuerpo. Antes de reclamar deudas, podríamos tener en cuenta lo que se nos ha dado, empezando por la vida misma, y luego todas las ventajas inmerecidas de nuestro tiempo y lugar en la historia.

La creación de Dios es pródiga. Nosotros también podemos serlo.

Es una petición difícil,
dejar mi carga y aceptar mi dolor,
pero así es como me libero:
aceptándome a mí mismo como herido, defectuoso, roto...
incluso dañado.
Así que perdonar a alguien
es perdonarme a mí mismo.
Libre para amarme a mí mismo, imperfecto como soy,
soy libre de amar al otro, imperfecto como es,
para saber que ellos también fueron movidos por el dolor que no podían
soportar.
Aunque todavía no lo apruebe, ni siquiera confíe en él,
me libero de la deuda. Me libero de la cuenta.

En el perdón soy libre para amar incluso a mi enemigo;
sólo entonces soy verdaderamente libre.

~ Steve Garnaas-Holmes

Perdonar es

Perdonar es enviar flores
con una tarjeta de felicitación
a alguien que ha superado
sufrimiento: tú mismo.

Perdonar es coger la piedra
que rompió la hoja del arado
y trasladarla al centro
de tu jardín.

El perdón es cavar un hoyo
en la tierra agrietada y sedienta
y no sólo verter agua
sino plantar un árbol.

Perdonar es vaciar la copa
en la que vertiste el veneno
y colocarla, limpia y brillante
en el estante más lejano.

El perdón es sacudir
la piel pellizcada y agrietada
en la que has estado viviendo
y dejársela a los cuervos.

Perdonar es rasgar en dos las cortinas
que encerraban el dolor de tu corazón
y dejar entrar la luz polvorienta
para bañar la herida.

Perdonar es quitar los alfileres
de las alas de dos
mariposas muertas
y ver a esas dos mariposas
volar libres.

~ Andrew King

La bendición más dura

Si no podemos dejar a un lado la herida
entonces digamos que no siempre nos atará.
Digamos que el daño no determinará eternamente nuestro camino.
Digamos que la línea de nuestra vida no siempre recorrerá
a lo largo de los lugares en los que estamos desgarrados.
Digamos que el perdón puede requerir algo de práctica,
puede requerir algo de paciencia, puede llevar mucho tiempo de lucha.

Digamos que para ofrecer la bendición más dura
necesitaremos la gracia más profunda;
que para perdonar el dolor más agudo,
necesitaremos el amor más feroz;
que para liberar el dolor más antiguo
necesitaremos nuevas fuerzas para cada día.

Digamos que la herida no será nuestro hogar definitivo
que a través de ella discurre un camino
un camino que no habríamos elegido
pero en el que finalmente veremos el perdón,
tan largamente practicado, viniendo hacia nosotros,
brillando con la alegría tan bien merecida.

~ Jan Richardson



*Perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.*
Artista francés André Girard

La obra sitúa una sola figura, vestida de azul, en el centro de la composición. En el lado izquierdo de la composición, la figura está en posición de suplicante (cabeza baja, rostro mirando hacia arriba). La figura central tiene dos caras, pero no es bifronte en el sentido negativo de la expresión. La misma expresión general se muestra en las dos versiones del rostro de la figura central. Esta es la coherencia que el rey de la parábola quería ver en sus siervos. Es la coherencia con la que debemos vivir si vamos a rezar el Padre Nuestro.